



ENTRE LA SOLEMNIDAD
Y EL REGOCIJO

FIESTAS, DEVOCIONES Y RELIGIOSIDAD
EN NUEVA ESPAÑA Y EL MUNDO HISPÁNICO

Rafael Castañeda García
y Rosa Alicia Pérez Luque
(Coordinadores)

El Colegio de Michoacán
Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social

ENTRE LA SOLEMNIDAD Y EL REGOCIJO
FIESTAS, DEVOCIONES Y RELIGIOSIDAD EN NUEVA ESPAÑA
Y EL MUNDO HISPÁNICO

ENTRE LA SOLEMNIDAD Y EL REGOCIJO
FIESTAS, DEVOCIONES Y RELIGIOSIDAD EN NUEVA ESPAÑA
Y EL MUNDO HISPÁNICO

Rafael Castañeda García
y Rosa Alicia Pérez Luque
(Coordinadores)



El Colegio de Michoacán



Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social

394.266
ENT

Entre la solemnidad y el regocijo : fiestas, devociones y religiosidad en Nueva España y el mundo hispánico / Rafael Castañeda García y Rosa Alicia Pérez Luque (coordinadores) -- Zamora, Michoacán : El Colegio de Michoacán : Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, © 2015.
440 páginas : ilustraciones ; 23 cm. -- (Colección Debates)

1. Fiestas Religiosas
2. Religión y Sociología
3. Devoción

I. Castañeda García, Rafael, coordinador
II. Pérez Luque, Rosa Alicia, coordinador

Imagen de portada: *Jaculatoria para el cuarto día de Ejercicios*, 1781, óleo sobre tela, 127 x 86, Rafael Joaquín de Gutiérrez, Oratorio de San Felipe Neri, San Miguel de Allende, Guanajuato. Fotografía de Erika González León, octubre de 2012.

© D. R. El Colegio de Michoacán, A. C., 2015
Centro Público de Investigación
Conacyt
Martínez de Navarrete 505
Las Fuentes
59699 Zamora, Michoacán
publica@colmich.edu.mx

© D. R. Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social, 2015
Benito Juárez 87, Col. Tlalpan,
14000, México, D. F.
publi@ciesas.edu.mx

Impreso y hecho en México
Printed and made in México

ISBN 978-607-9470-12-8 El Colegio de Michoacán
ISBN 978-607-486-323-9 CIESAS

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
<i>Rafael Castañeda García</i>	11
I. MÍSTICA, DISCURSO Y REPRESENTACIÓN	27
La religiosa y su confesor. Epistolario de una clarisa mexicana, 1801-1802	
<i>Asunción Lavrin</i>	29
Santa Gertrudis. Una devoción en el ámbito conventual femenino novohispano, siglos XVII y XVIII	
<i>Doris Bienko de Peralta</i>	57
Estrategias discursivas a favor de San José en la Nueva España, siglo XVIII	
<i>Hugo Ibarra Ortiz</i>	79
El purgatorio individual y el estado de purgación. Atavismos medievales en la escatología novohispana de los siglos XVI y XVII	
<i>Javier Ayala Calderón</i>	99
II. LAS IMÁGENES DE DEVOCIÓN Y SUS USOS	117
Evangelizadores en el norte del obispado de Michoacán y los relatos de la llegada del Cristo de la Conquista a la villa de San Felipe	
<i>Miguel Santos Salinas Ramos</i>	119
El mallku, la huaca y el Cristo. Acerca del santuario del Señor de Quillacas (Oruro-Bolivia)	
<i>Pablo Quisbert Condori</i>	139

Prodigiosa y peregrina... Imagen mariana, tiempo sagrado e identidad colectiva en el Pátzcuaro virreinal <i>Sara Sánchez del Olmo</i>	161
La construcción de una devoción regional. "El milagroso santo Ecce Homo" de San Miguel el Grande <i>Rafael Castañeda García</i>	183
III. LA FIESTA COMO ESPACIO DE PODER Y CONFLICTO	209
La presencia del virrey en las fiestas de Nueva España <i>Nelly Sigaut</i>	211
Solemnidad y escándalo público. El juego del estatus en la celebración del <i>Corpus Christi</i> en la ciudad de México, siglo XVII <i>Alfredo Nava Sánchez</i>	233
Los autos de fe para indios en el Arzobispado de México, siglo XVIII (1714-1755) <i>Gerardo Lara Cisneros</i>	255
Tan lejos y tan cerca. Fiestas, mayas e hispanos en el Yucatán colonial <i>Adriana Rocher Salas</i>	273
IV. CELEBRACIONES Y PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA EN CONTEXTOS URBANOS Y RURALES	295
Fiestas y juegos chinos en Manila. Otra forma de acercamiento a la mecánica imperial (siglo XVII) <i>Thomas Calvo</i>	297
Las fiestas de canonización de San Ignacio de Loyola y San Francisco Xavier en Puebla, 1623. Universalismo y didáctica jesuita <i>Solange Alberro</i>	325

Escenarios religiosos. Cofradías y festividades en Buenos Aires colonial <i>Patricia A. Fogelman</i>	345
Una religiosidad con diversidad de cultos. Fiesta y procesión en las cofradías de Granada, siglos XVI al XVIII <i>Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz</i>	375
ÍNDICE DE IMÁGENES, FIGURAS, CUADROS, GRÁFICAS Y MAPAS POR CAPÍTULO	421
ÍNDICE ONOMÁSTICO	425
ÍNDICE TOPONÍMICO	435

LA PRESENCIA DEL VIRREY EN LAS FIESTAS DE NUEVA ESPAÑA

Nelly Sigaut

*Centro de Estudios Históricos-
El Colegio de Michoacán*

La capacidad didáctica de fiestas y procesiones y el capital visual¹ que acumulaban las convirtieron en herramientas privilegiadas para activar la devoción. La conciencia de este poder las transformó en un campo donde se manifestaron compromisos y disidencias, al mismo tiempo que se promovía la articulación de expresiones culturales renovadoras por medio de invenciones, música, comedias o representaciones, danzas y mascaradas. La fiesta, como una nueva fórmula de sociabilidad, conjugó un aparato de ceremonia de procedencia mixta, donde el poder se mostraba ante la comunidad y “trataba de reproducir simbólicamente y materialmente a la colectividad para reafirmar los fundamentos de su legitimación”.²

Desde la segunda mitad del siglo XX se ha producido una rica historiografía dedicada a estudiar la fiesta en sus distintas manifestaciones, a mostrar la forma en que la fiesta religiosa tardomedieval salió del ámbito parroquial, minoritario e intimista, para enriquecerse y transformarse hasta componer una liturgia festiva y pública, coordinada por las autoridades municipales, que determinaron su recorrido callejero y procesional, el protocolo colectivo, la participación de los estamentos ciudadanos y los elementos decorativos o elaborados programas iconográficos que transformaban el perfil de la ciudad en fiesta.³

Esa misma historiografía, junto con nuevas reflexiones sobre el poder y en especial sobre la monarquía hispánica, trató de entender la forma en

1. El concepto de capital visual que utilizo en este trabajo es una construcción personal que deriva de la reflexión sobre el concepto de capital cultural de Pierre Bourdieu. Véase Sigaut, “Fiesta”, 2007, pp. 123-134.
2. Narbona, “Fiesta”, 1996, vol. 3, t. 1, p. 403.
3. *Ibidem*, pp. 401-419.

que el ritual festivo constituyó una poderosa red simbólica armada a través de las ciudades, tanto en Europa como en América, por medio de la celebración de los más importantes acontecimientos que afectaron a la casa real, como el nacimiento del heredero que aseguraba la continuidad dinástica, las exequias reales, las juras al nuevo rey, todos ellos momentos circunstanciales e imprevisibles que se sumaron al ciclo litúrgico.

Dice Juan Pedro Viqueira en un libro clásico en nuestra historiografía, que las fiestas que formaban el sustrato espiritual de la ciudad de México eran la de *Corpus Christi*, la fiesta de la iglesia; la entrada del virrey, la fiesta del poder y la de san Hipólito, la fiesta de la sumisión colonial.⁴ En las tres participaba el virrey, de distinta manera, por cierto, y esta falta de uniformidad hace necesaria una reflexión acerca de su representación. El estudio de la fiesta provee imágenes concretas de los actores sociales del periodo y de sus prácticas e interacciones culturales en distintos ámbitos y expone las posiciones que esos actores ocuparon en la sociedad de su tiempo.⁵ Además había una multiplicidad de fiestas y ceremonias que provocaban salidas procesionales, misas, repiques de campanas, bailes, comidas y disfraces, fenómeno estético integral, total, al que llamamos fiesta.

En este artículo trataré de mostrar que además de las fiestas establecidas, la creciente vida de la pequeña corte virreinal dio al virrey múltiples oportunidades de participar en festejos varios donde el juego de la representación quedaba expuesto. Si el fenómeno festivo es de por sí efímero, la presencia del poder se anclaba en la figura del virrey. ¿Cómo se presentaba éste a cada una de estas manifestaciones del poder?, ¿cuál era el sentido de representación que el virrey tenía en cada una de sus apariciones públicas?, ¿de qué manera la exposición a la mirada modificaba la apariencia?

A partir de estos ejes conductores voy a analizar la participación y la presencia del virrey en tres fiestas y en lo que he denominado “las otras fiestas y sistema de ceremonias”, también conocidos como grandes alegrías o días grandes.⁶

4. Viqueira, *Relajados*, 1987, pp. 117-119.

5. Moraña, “Sujetos”, 2002, vol. 2, p. 54.

6. Bonet, *Fiesta*, 1990, p. 43.

LA FIGURA DEL VIRREY

Es un hecho que durante muchos años prevaleció la posición que considera al virrey como el *alter ego* del rey. La importancia que se le concedió era tal que incluso la historia nacional estaba organizada por los gobiernos de los distintos virreyes de la Nueva España. Una de las fuentes obligadas de esta visión es Juan de Solórzano Pereyra, quien en su conocido trabajo *Política Indiana*, escribió que “las figuras tienen y ejercen el mismo poder, mano y jurisdicción que el rey que los nombra”.⁷ Debido a la lejanía territorial, era necesario que los reyes nombrasen “estas imágenes suyas, que viva y eficazmente los representasen, y mantuviesen en paz y quietud” a los habitantes de dichos territorios y “los enfrenasen y tuviesen a raya con semejante dignidad y autoridad”.⁸

La posición opuesta es aquella que considera que el territorio y su división político administrativa por audiencias fueron los que disputaron el ejercicio de la acción política con base en sus posibilidades de relación directa con el rey a través del Consejo de Indias.⁹

La Audiencia fue la institución más importante e interesante en el gobierno de las indias españolas. Fue el centro, el corazón del sistema administrativo, y el principal freno a la opresión e ilegalidad cometidas por virreyes y otros gobernadores. Los virreyes iban y venían; la Audiencia era un cuerpo más permanente y continuo, que adquirió una larga línea de tradición corporativa.¹⁰

Una visión del poder y su ejercicio desde los historiadores del derecho y de las instituciones, por medio de la continuidad de una corporación y una visión más personal, unitaria y representativa, en medio de las cuales, con ciertos matices, se instaura la figura del virrey.

Maquiavelo planteó la dificultad de gobernar en la distancia, en ausencia del rey, territorios recién conquistados y diferentes, y proponía como solución que “la persona que hace la conquista se trasladara a vivir al

7. Citado por Cañeque, “Cultura”, 2001, p. 17.

8. Citado por *ibidem*, p. 16.

9. Diego-Fernández, “Reales”, 2007, pp. 21-68.

10. *Ibidem*, p. 24.

territorio conquistado”.¹¹ La lejanía de las Indias de Castilla puso a la Corona en el predicamento de gobernar los territorios a una distancia mayor de la que hasta ese momento controlaban. Gobernar sin conocer y sin ser conocido no parecía una tarea fácil. Lo expresó Diego Saavedra Fajardo, por medio de la empresa 23 de su obra *Idea de un príncipe político cristiano*: “Por los ojos y por los oídos entra el amor al corazón. Lo que ni se ve ni se oye no se ama. Si el príncipe se niega a los ojos y a la lengua, se niega a la necesidad y el remedio”.¹²

Como representantes del rey y cabezas del gobierno de las Indias, los virreyes tuvieron muy presente esta premisa. Como escribió Solange Alberro en una visión sintética del virrey y su gobierno, la situación de los virreyes americanos era muy ambigua. Eran nombrados por periodos de seis años (que no acabaron en algunas oportunidades), su gobierno estaba sometido a una visita, en ocasiones tuvieron que pagar multas, de modo que —concluye esta autora— “a pesar del aura y la etiqueta que los rodeaban, no eran más que funcionarios del monarca”.¹³ Para eso recibían instrucciones precisas antes de llegar a tomar su puesto, por parte del presidente del Consejo de Indias. Le dijo Pablo de la Laguna al marqués de Montesclaros nombrado virrey de Nueva España en 1603: “El vestido honesto, la capa siempre más larga que corta y los vestidos de camino de colores graves y autorizados, sombreros sin plumas y así en esto como en todo lo demás ha de parecer siempre más viejo que mozo. El andar muy despacio siempre y con mucho orden, sosegado y autorizado”.¹⁴ De este modo aparece el virrey en el retrato oficial en México, donde, a diferencia de como sucede en Perú o Nápoles,¹⁵ o en el caso de los funcionarios reales más cercanos, no se representa de pie o a caballo, modelo propio de los retratos reales, sino en un modesto retrato de tres cuartos de perfil, derecho o izquierdo, donde la figura resalta sobre un fondo oscuro. En la parte inferior del cuadro una cartela aloja algunos de los aspectos más relevantes de la biografía del retratado, pero, sobre todo, lo ubica en una serie donde “el valor y la fuerza de su presencia responden a la relación de

11. Maquiavelo, *El príncipe*, 1997, cap. III, punto 4, p.33.

12. Saavedra, *Idea*, 1927, vol. I, Empresa XXIII, p. 285.

13. Alberro, “Cuerpo”, 2008, pp. 293-312, 295.

14. Navarro, *Instrucciones*, 1991, pp. 296-297.

15. Véase Carrió-Invernizzi, “Virreinato”, 2008, pp. 213-287.



Figura 1. José Juárez (atribuido). Don Juan de Leiva y de la Cerda. Marqués de Leyva y de Ladrada. Conde de Baños. Prorox & Dux Generalis. Año de 16[62]. Museo Nacional de Historia, INAH, México. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Figura 2. Pedro Fernández de Castro y Andrade, conde de Lemos y XIX virrey del Perú (1667-1674). Museo de Arte español Enrique Larreta, Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.



Figura 3. Massimo Stanzione. Íñigo Vélez de Guevara y Tassis, conde de Oñate, embajador en Roma y virrey de Nápoles, ca. 1647. Instituto Valencia de Don Juan, Madrid.

conjunto”.¹⁶ Estamos frente a dos estrategias de visualización: la del retrato como oficial del reino (fig. 1) y la del virrey como autoridad por sí mismo (figs. 2 y 3), estrategias que se expresan en la fiesta, donde frente al rey ausente, el virrey estuvo sobrerrepresentado.

LA FIESTA DE *CORPUS CHRISTI*

La fiesta de *Corpus Christi* fue fundada a mediados del siglo XIII y alcanzó gran desarrollo durante la siguiente centuria. Aunque la bula de fundación requería solamente la celebración de una misa y un oficio, a principios del siglo XIV el eje de la fiesta eucarística fue la procesión. Las prácticas y las tradiciones fueron desarrollando una retórica simbólica, es decir, un sistema de símbolos –entendidos éstos como “cualquier objeto, acto, hecho, cualidad o

16. Kraselsky, “Retratos” (en prensa), p. 17.

relación que sirve de vehículo para un concepto (el concepto es el ‘significado’ del símbolo)”¹⁷ cuyo centro fue la eucaristía, el símbolo más poderoso de la cultura cristiana. Esas procesiones que en principio recorrieron el interior de templos y conventos, pronto se abrieron al ámbito secular, a espacios susceptibles de ser sacralizados con la sola presencia del poder sobrenatural de la eucaristía. De ahí la importancia del recorrido o itinerario de la procesión, que tocaba lugares significativos para la vida de villas y ciudades y quedó establecido tan tempranamente como la procesión misma. Al mismo tiempo, los símbolos de poder que acompañaban a la eucaristía en su “recorrido” produjeron una pugna por el control de estas procesiones urbanas entre las autoridades civiles y eclesiásticas, llenándose así de significados locales.¹⁸

Sin duda, la organización de la fiesta y la procesión en México tuvieron un éxito inmediato. Pocos años después de la conquista de la ciudad, en 1529 ya se habla en una ordenanza “del uso y costumbre”, e incluso se habían planteado problemas de precedencia que obligaron al ayuntamiento a establecer un orden que debía respetarse.¹⁹

La procesión abría con la tarasca, seguían los gigantes, las danzas representadas, esto es, con escenas bíblicas, mitológicas e históricas; las danzas tradicionales, de espadas, moros y cristianos, de lazos y enramadas y las danzas de indios, negros y mulatos. La participación obligatoria de los gremios, los mostraba organizados con sus banderas y estandartes, vestidos de la manera más elegante que les fuera posible y con las andas del santo protector de su oficio. Esta primera parte de la procesión se cerraba con los carros sobre los que se representaban breves autos sacramentales.

17. Geertz, *The interpretation*, 1973, p. 91. En especial, “Religion as a cultural system”, pp. 87-125 y “World view and the analysis of sacred symbols”, pp. 126-141.
18. Esta fiesta se estableció por medio de la bula *Transiturus* que dio el papa Urbano IV en 1264. Para el análisis de la fundación de la fiesta y su difusión en el continente europeo, con excepción de la península ibérica, remito al estudio de Rubín, *Corpus*, 1991. Entre la numerosa bibliografía para la península remito a Vey, *The Spanish*, 1962. Lleó, *Arte*, 1975. Garrido, *Antiguallas*, Archivum. Véase Sigaut, “Procesión”, 2000, vol. 1, p. 363. Sigaut, “fiesta”, 2008, pp. 19-40.
19. Lunes 24 de mayo de 1529, Archivo Histórico del Ayuntamiento (en adelante AHA), libro 629-A, hoja 208. Este documento está citado por Marroquí, en Jesús Medina (editor), *La ciudad de México*, 1969, t. III, pp. 494-495. “así sucesivamente un oficio en pos de otro, por manera que ningún oficio de vecinos deje de salir como es uso e costumbre e, que de aquí adelante todos los años se tenga e guarde esta orden e que no se quebrante so pena de cincuenta pesos de oro al oficio que quedare por salir, la mitad para la Cámara de su majestad e la otra mitad, para las Obras públicas de esta ciudad e para quien lo denunciare”. Los miembros de cada oficio debían concurrir acompañados por sus oficiales. Véase Sigaut, *Procesión*, vol. 1, p. 382.

Los músicos abrían la segunda parte, que daba paso al contingente religioso. Entraban a la procesión las órdenes religiosas organizadas por su antigüedad de llegada a tierras americanas. Detrás de ellas salían las parroquias, en señal de preeminencia del clero regular sobre el secular, ubicación que provocó muchos problemas con los seculares que reconocían a San Pedro como su fundador y, por tanto, reclamaban mayores antigüedad e importancia sobre las religiones. Pasaba luego el cabildo catedral, con sus mejores ornamentos y seguía el Santísimo Sacramento que salía bajo palio. El alguacil mayor de la ciudad y sus tenientes eran quienes regían la procesión y debían hacer respetar el orden establecido, tanto para entrar a la iglesia como para seguir en la procesión.²⁰

Fueron los gremios los que entraron en conflicto por la cuestión de la precedencia, del mismo modo que las autoridades del Ayuntamiento con las de la Audiencia. Las autoridades del cabildo civil pretendían que se siguiera la costumbre de las ciudades de Castilla y consideraban que el presidente de la Audiencia y los oidores no debían tener competencia en llevar las varas del Santísimo Sacramento, que consideran preeminencia de la ciudad.²¹ Al año siguiente, en 1535, la situación estuvo controlada con mucha anticipación. En la ciudad de México había entonces diez regidores y dos alcaldes y se decidió que en el palio del Santísimo Sacramento se pondrían doce varas para que cada autoridad llevara una. Establecieron, además, que desde ese momento en adelante el número de varas estaría en relación con el de regidores.²² Finalmente terminó por legislarse para que las precedencias quedaran claramente establecidas.²³ La situación institucional cambió

20. Martes 10 de junio de 1533, en AHA, libro 632-A, hoja 40.

21. *Idem*. La discusión sobre quién tenía el derecho de llevar las varas del palio no se resolvió, pues al año siguiente, en 1534, volvió a plantearse el problema entre la Audiencia y las autoridades del Ayuntamiento de la ciudad de México, impotentes ante la Audiencia frente a lo que consideraban parte del ejercicio de su cargo y preeminencia del mismo, consideraron como una injuria y ofensa hacia la ciudad que los miembros de la Audiencia hubieran repartido las varas del palio sin respetar lo establecido. Viernes 5 de junio de 1534, AHA, libro 632-A, hoja 84.

22. Martes 25 de mayo de 1535, en AHA, libro 632-A, hoja 115.

23. Paredes, *Recopilación de las Leyes de los Reynos de las Indias. Mandados a imprimir, y publicar por la Magestad Católica del Rey Don Carlos II. Nuestro Señor. Va dividida en Quatro Tomos, con el Índice General, y al principio de cada Tomo el Índice especial de los títulos, que contiene*, 1681, Tomo II. Título Quinze. De las precedencias, ceremonias y cortesías. Ley VI. Que los oidores, alcaldes, fiscales y ministros, que tienen asiento con la Audiencia, acompañen a los Virreyes y Presidentes y en qué casos. "Ordenamos que [...] acompañen a Misa al Virrey, o Presidente los primeros días de las tres Pascuas, y los de Corpus Christi, Asunción de Nuestra Señora y Advocación de la Iglesia Mayor y en las demás ocasiones en que se celebre fiesta de tabla, y fueren convocados

y la Audiencia Gobernadora fue sustituida por el virrey don Antonio de Mendoza, pero es evidente que la ciudad consideraba la procesión de *Corpus Christi* como parte del aparato visual del poder. En cambio, en el primer libro de actas del cabildo de la catedral de México, la mención a la fiesta de *Corpus Christi* no puede ser más escueta: “que se compre todo lo necesario para el día de Corpus”, se anotó en la sesión celebrada el 24 de abril de 1539, que contó con la asistencia de Zumárraga.²⁴ La llegada del arzobispo Fray Alonso de Montúfar y la reunión de los dos primeros concilios provinciales mexicanos (en 1555 y 1565) dejaron su secuela en la celebración de Corpus en la catedral. En 1554 comenzó a realizarse la procesión mensual dentro de la iglesia en homenaje al Santísimo Sacramento,²⁵ y desde 1560 aumentaron los gastos para “aderezos”,²⁶ música,²⁷ representaciones²⁸ que serán premiadas con joyas,²⁹ orfebrería acorde con la importancia de la fiesta, como una nueva custodia³⁰ y la compra de ornamentos.³¹

Así como la presencia del rey en la procesión madrileña de *Corpus* marcaba la diferencia con cualquier otra fiesta peninsular,³² en la ciudad de México la presencia del virrey y el arzobispo era la que establecía la misma posibilidad diferenciadora con otras ciudades del extendido territorio de la Nueva España. Entre ellos se desarrolló con frecuencia el conflicto de jurisdicción y precedencia que en otros ámbitos enfrentó a las autoridades de la Real Audiencia con el obispo y ya durante el transcurso de la fiesta, por la

para otro cualquier acompañamiento y el oidor más antiguo, ó el que sucediese en su lugar, vaya al lado izquierdo del Virrey, ó Presidente y luego que llegue emparejar con él, le haga la cortesía, y reverencia debida, como a Virrey Presidente y él le corresponda con el agrado y buen término, que se debe, de forma, que entre todos conserven la buena correspondencia, que es justo: y quando volvieren a nuestras Casas Reales todos los Oidores, Alcaldes, Fiscales, y los demás del cuerpo de la Audiencia, si aquel día no huvieren de comer juntos, se queden á caballo á la puerta, passando por en medio el Virrey, ó Presidente, y desde los cavallos le hagan la cortesía debida, y solamente se apeen los Alcaldes de el Crimen en Lima y México y estos vayan acompañando al Virrey... etc”. Véase Sigaut, *op. cit.*, vol. 1, p. 383.

24. 1 de marzo de 1536 a 3 de enero de 1559, Actas de Cabildo de la Catedral de México (en adelante ACCM), libro 1, f. 15v.
25. Actas de Cabildo, sesión del 6 de octubre de 1554, en ACCM, libro 1, f. 105v.
26. Actas de Cabildo, sesión del 24 de mayo de 1560, en *ibidem*, libro 2, f. 32v.
27. Actas de Cabildo, sesión del 2 de enero de 1561, en *ibidem*, libro 2, f. 44r.
28. Actas de Cabildo, sesión del 12 de enero de 1563, en *ibidem*, libro 2, f. 32v.
29. Actas de Cabildo, sesión del 18 de mayo de 1565, en *ibidem*, libro 2, f. 150r.
30. Actas de Cabildo, sesión del 9 de junio de 1564, en *ibidem*, libro 2, f. 117r.
31. Actas de Cabildo, sesión del 17 y 28 de mayo de 1566, en *ibidem*, libro 2, fs. 184r y 185r.
32. Portús, *La antigua*, 1993, p. 11.

ubicación de los miembros de las distintas corporaciones de la administración novohispana en los tablados para presenciar las comedias. De tal modo que si la memoria del desarrollo de la fiesta y de la procesión, así como su ordenamiento, quedaba custodiada por el maestro de ceremonias de la catedral, éste tuvo que enfrentarse en distintas oportunidades con el virrey y su séquito por la intención de querer modificar lo establecido. Si no era por las varas del palio, eran los pajes del virrey y su ubicación inmediata a la custodia, sitio que tradicionalmente ocupaba el cabildo catedral. El resultado era el escándalo público, que los contendientes se retiraran a sus espacios de poder —el cabildo catedral al coro y el virrey y su grupo al palacio—, dejando secuestrado al Santísimo Sacramento, y que la procesión y luego las comedias se detuvieran durante horas.³³

Curiosamente, mientras en otras fiestas se describe con cierto cuidado el traje del virrey, nada dejaron los cronistas sobre su atuendo durante la procesión de *Corpus*. ¿Como cabeza de los oficiales reales iría vestido de negro y capa, con las insignias de la orden de caballería a la que pertenecía, con la gravedad que se les recomendaba antes del viaje? La conciencia de la representación, que según Chartier, se comporta como una máquina de fabricar respeto, ¿le imponía el rigor del traje?³⁴

LAS ENTRADAS DEL VIRREY

En América, las entradas reales fueron reemplazadas por las del virrey. Estas entradas en Europa habían acumulado un gran caudal simbólico repleto de alegorías que apelaban a la cultura clásica, en especial antes de la sedentarización de la monarquía. En la ceremonia de recepción, también el virrey convivía con personajes mitológicos, él mismo se convertía en una deidad y su primera aparición pública estaba marcada por lo pautado de la ceremonia y la magnificencia que la caracterizaron.

Con algunas modificaciones, había un patrón ceremonial; esto se comprueba comparando el que se seguía en el ingreso a la ciudad de Lima,

33. Jueves 8 de junio de 1651, Guijo, *Diario (1648-1664)*, 1986, t. 1, p. 159. Fue el caso del virrey conde Alva de Liste.

34. Chartier, *El mundo*, 2002, pp. 59-60.

en el virreinato del Perú.³⁵ Según el esquema, llegado el virrey a Veracruz despachaba a un mayordomo a la ciudad de México, con aviso y carta para la Real Audiencia anunciando la llegada;³⁶ casi un mes después, el virrey llegaba a Chapultepec, donde era recibido por el corregidor y el regimiento de la ciudad. Al día siguiente le daban la bienvenida la Real Audiencia y tribunales, iba a Palacio, mostraba su título (en muchas oportunidades recibido un año antes, que era el tiempo que le llevaba la preparación del viaje y de su contingente, que llegó a alcanzar el número de cien personas). Se presentaba entonces con sus nombres y títulos, juraba sobre una cruz y un misal y sello real y se iba a Chapultepec, donde había fiesta (generalmente toros y danzas).

Una semana después entraba a la ciudad, lo recibían en Santa Ana, la Universidad, el regimiento, los alcaldes ordinarios y corregidor, tribunales de cuentas y Real Audiencia, todos a caballo andaban hasta la boca de la calle de Santo Domingo “donde acostumbra la ciudad recibir los virreyes, y donde se instalaba el arco triunfal preparado por la ciudad, cuyo significado le era revelado al virrey por un farsante. Pasaba luego por debajo del arco y teniendo los regidores el palio, pasaba por debajo de él”. Tomaban las riendas del caballo en que venía el corregidor y el alcalde.

Para la ceremonia de ingreso a la ciudad del señor virrey Luis Enríquez de Guzmán conde de Alva de Liste, llevó “un vestido bordado de oro sobre camelote de aguas³⁷ pardo muy costoso, los caballeros de hábito de su familia venían con vestidos bordados de mucho valor, el virrey estaba cercado por pajes y criados españoles, con librea de terciopelo verde de Castilla, calzón,

35. Osorio, “La entrada”, 2006, vol. 55, número 003, pp. 769-770. No me detengo en las diferencias entre las entradas a México y Lima, que pueden verse en este artículo.

36. Guijo, *op. cit.*, t. I, p. 100.

37. Camelote es una tela en origen era de pelo de camello y se usaba como impermeable, después se comenzó a hacer de lana. *Diccionario histórico de telas y tejidos catellano-catalán*. Salamanca, Junta de Castilla y León, 2004. Autores: Rosa Ma. Dávila Corona; Montserrat Durán Pujol y Máximo Fernández. Definición: Camelote, Chamelote. Tejido fuerte e impermeable, que antes se hacía con pelo de camello, y después con el de cabra de Armenia, fabricado en Famagusta, Alepo y en el Kurdistán. También tela hecha de pelo de cabra o de camello, de pelo con mezcla de lana peinada. Existían camelotes jaspeados, rayados, ondeados, estampados, liso o de colores mezclados. Se utilizaba para vestidos para ambos sexos, cortinajes de cama, casullas, adornos de altares, etc., en función de sus características o calidad. Se trataba de un producto de importación que se transformó cuando empezó a ser fabricado en Europa, convirtiéndose en un tejido con múltiples variedades locales, fabricado enteramente con lana o con mezcla. En España no se fabricaban camelotes, si bien esta estofa fue usada para vestidos de verano, con el nombre de Orleans, p. 53.

ropilla y capas de paño verde guarnecidas de una franja de oro bordado".³⁸ El virrey se dirigía luego a la catedral, donde había otro arco y era recibido por el arzobispo y el deán con el cabildo.³⁹ En 1643, un miembro del Ayuntamiento, don Pedro de la Barrera, dijo que en menos de dos años había tenido que gastar 18 000 pesos en reales de contado para los palios del marqués de Villena y el conde de Salvatierra.⁴⁰

Si algo sabemos de las entradas, poco o nada se dice de las salidas de los virreyes. Sometidos a una serie mecanismos de control como la visita y el juicio de residencia, sus salidas de la ciudad que lo recibió como a un héroe clásico, no siempre fueron muy airoas. Por algunos indicios de las crónicas puede suponerse que salía vestido de negro.⁴¹ Así lo hicieron los hijos del conde de Baños (1666) y el marqués de la Laguna.

EL PASEO DEL PENDÓN

La figura del rey fue quizás una de las más polifacéticas en el sistema de representación que se puso en construcción en Nueva España. La presencia regia se manifestaba por medio del nombre, las monedas, la escritura, el sello y el estandarte o Real Pendón. Insignia militar por excelencia que permitía que los distintos cuerpos se identificaran en el fragor de la batalla, el estandarte fue utilizado por Hernán Cortés para dirigir a sus huestes en la conquista de México.

En la sección VIII del Códice de Tlatelolco, producido alrededor de 1562, se encuentran las pictografías más antiguas que dan cuenta de la presencia del real estandarte, en relación con una ceremonia de jura. La organización en cuatro planos horizontales forma una gran escena en que la falta de perspectiva se resolvió con la representación de los personajes en hileras escalonadas. Al parecer, en la sección se registró la ceremonia de la

38. Guijo, *ibidem*, t. I, pp. 100-108.

39. Puede confrontarse con otros procesos como el del duque de Alburquerque. 5 de agosto de 1653, Guijo, *ibidem*, t. I, p. 224.

40. Actas de Cabildo, sesión del 14 de abril de 1643, libro XXXI, en AHA. Con esa cantidad se podrían haber construido dos retablos dorados con sus pinturas y esculturas.

41. Robles, *Diario*, 1972, t. II, p. 128. Durante la salida del virrey marqués de la Laguna el jueves 24 de octubre de 1686 iba de negro, a las 4 de la tarde, con algunos caballeros detrás de cortesía.

jura a Felipe II, efectuada en 1557. La composición de los elementos gráficos en juego imprime al conjunto la magnificencia de un acto público de gran solemnidad. En el acta del cabildo del 6 de junio de 1557 se hace relación del festejo y de los personajes asistentes: el virrey don Luis de Velasco, oidores de la Audiencia, con numerosos funcionarios novohispanos, el arzobispo Fray Alonso de Montúfar y religiosos del clero regular y secular, el alférez real que portó la divisa real y los caciques indígenas de Tlatelolco, México-Tenochtitlan, Tacuba y Tezcoco. También se hace relación de los mitotes y regocijos con que los indígenas culminaron la fiesta. Además, se identifica el estandarte de Felipe II con el emblema del águila rampante, sustituyendo al águila bicéfala del emperador; la construcción de un catafalco de madera frente a la iglesia mayor para instalar a las autoridades que presidieran el acto y la concesión a los indios del permiso para celebrar sus regocijos y mitotes, o cantos y danzas.⁴²

Desde 1529 quedó establecido el ceremonial de la fiesta del Paseo del Pendón, que consistía en honrar a San Hipólito porque en su día se conquistó la ciudad de México, con dos días –12 y 13 de agosto– de ir y venir en procesión y a caballo desde las Casas del Cabildo hacia la iglesia de San Hipólito, vísperas solemnes, misa mayor y de ahí se regresaba el estandarte al cabildo, donde permanecía guardado todo el año. Las cuentas nos indican que iba acompañado por trompetas y chirimías. Al siguiente año, el cabildo elegía a alguien para cumplir con el lucido paseo del Pendón que corría a cargo de la ciudad, aunque gran parte de los gastos era soportada por el alférez real.⁴³ Si bien durante los años iniciales del gobierno español, la posición del alférez real era un cargo de prestigio que todo el mundo anhelaba, algunas de las cargas que conllevaba la posición, comenzaron a hacerla incómoda desde el último tercio del siglo XVI.⁴⁴ Los gastos que apremiaban tanto al decaído y obligado alférez implicaban, además de presentarse ricamente ataviados tanto

42. Valle, "La sección", 1998, pp. 33.

43. AHA, libro 4, pp. 95-96. En muchos casos, las fuentes comprueban que los regidores recurrían a muchas estrategias para evadir la responsabilidad (esto es, hacerse cargo de los gastos). Tal es el caso del alférez Francisco Velázquez de Coronado, quien en 1545 se quedó fuera de la ciudad más tiempo de lo que correspondía para evitar acudir a la responsabilidad de los expendios festivos.

44. Y esto a pesar de que el ayuntamiento otorgaba 25 pesos de ayuda al organizador. Después de 1560 se aumentó a 100 y en 1584 se pidió que creciera a 500 pesos, aunque durante todo el siglo XVII se mantuvo en 200. AHA, libro II, p. 264 y libro VIII, pp. 697-698.

él como su cabalgadura y su familia, debía hacer frente a las corridas de toros, los juegos de cañas, el juego de la sortija, las escaramuzas, las mascaradas, las luminarias, la salida de cuadrillas, además de la invitación a una tremenda comida a los asistentes a la fiesta. Sin embargo, los gastos que ascendieron de 4 mil a 6 mil pesos de oro común a lo largo del siglo XVII, no sólo dependían del alférez, sino de la autorización que daba el virrey de echar mano de la sisa del vino y de los propios de la ciudad. La deuda de esta fiesta se sumaba a la que causaban otras, debido a lo cual, la Nobilísima Ciudad de México terminó el siglo XVII extenuada económicamente, con una deuda crónica sobre los impuestos que se debían devolver a las arcas reales. Este endeudamiento obligó a la ciudad a encontrar una solución que en parte consistía en alquilar los tablados para la participación en la fiesta.⁴⁵ El espacio que cada corporación ocupaba o pretendía ocupar en los tablados, formaba parte de esa brecha sutil que separaba al escándalo de la vía de paz.

La participación del virrey en la fiesta del Pendón creció en importancia. En particular cuando estaba más cerca de la corte que de la espada.⁴⁶ Por tanto, a la ceremonia anteriormente descrita hay que agregar que el alférez debía ir con el estandarte a palacio a buscar al virrey con la real audiencia y otros tribunales. Como ocurría en la mayor parte de las ceremonias en las que participaba el virrey, éste ocupaba el lugar central, el alférez el costado izquierdo y el ministro más antiguo de la audiencia el costado derecho. Desde ahí todo el grupo, ya muy nutrido, se dirigía a la iglesia de San Hipólito.⁴⁷ Si bien el esquema se mantuvo como fue descrito para el siglo XVI en la fiesta, en el siglo XVII tenían particular importancia las escaramuzas, donde se representaban los encuentros entre indios y españoles durante la conquista de México Tenochtitlan.⁴⁸ La participación de los indígenas en todas las fiestas y procesiones se prolongó durante los siglos XVII y XVIII, con la recomendación de que fueran vestidos “a la usanza”, es decir, tal como hacían durante su gentilidad, antes de la llegada de los europeos. Decidido a ganar un contrato,

45. AHA, libro XX, p. 157.

46. Con todas las contradicciones que esto implica. Véase Sigaut, “Retrato”, 2004, pp. 303-306.

47. AHA, Pendón, México, f. 202.

48. Varios de los regidores junto con otros caballeros participaron en la escaramuza de 1614, cuando salieron ocho cuadrillas de seis caballeros, a cada uno de los cuales le dieron una ayuda de 400 pesos para adquirir los escudos y las varas para la batalla.

un conocido empresario de comedias, Gonzalo de Riancho, se presentó ante las autoridades urbanas explicando que había quedado empeñado después de la fiesta de *Corpus* y pedía un adelanto para la de San Hipólito. Con el propósito de seducir al ayuntamiento, Riancho explicó que tenía “compuesta y estudiándose comedia grande de mayor autoridad que la que se hizo el día de *Corpus* que trata de la conquista de esta Nueva España y esta Ciudad de México”.⁴⁹

Durante el reinado de Carlos II, uno de sus virreyes se negó a salir con el conjunto procesional que pasó a buscarlo por el palacio real para acompañar el pendón a San Hipólito. El recién llegado Sarmiento de Valladares, conde de Moctezuma, seguramente entendía la importancia de la ceremonia; sin embargo, la descripción del viajero del siglo XVII, que ha dejado una de las crónicas más vívidas de la Nueva España de la época, nos permite sospechar los motivos. En la tarde del lunes 12,

juntos todos los regidores; los alcaldes ordinarios, el corregidor y otros caballeros invitados por el ayuntamiento, tomaron el estandarte con el que Cortés conquistó México y fueron al palacio del virrey adonde estaba con todos los ministros. Salieron en este orden: los atabaleros sobre asnos; los trompeteros, dos alguaciles a caballo y doce maceros del ayuntamiento; después los caballeros, los regidores, alcaldes y el corregidor y al último los del Tribunal de Cuentas, los de la Sala del Crimen y los de la Real Audiencia, entre los cuales llevaba el Pendón un regidor. Eran cerca de cien e iban malamente montados a caballo.⁵⁰

¿Fue la triste figura del grupo lo que le quitó las ganas de acompañarlos al virrey Sarmiento, que acababa de llegar de la corte (1694), era viudo de la condesa de Moctezuma, marido de una duquesa, yerno de un antiguo prestigioso virrey y hermano del presidente del Consejo de Indias?⁵¹ Quizá también recordó la mala experiencia de su ingreso a la ciudad, cuando “al entrar por el arco de Santo Domingo lo derribó el caballo en que venía y se le cayó la cabellera”.⁵²

49. Actas de cabildo, sesión del 31 de julio de 1595, en AHA, México, libro XII.

50. Gemelli, *Viaje*, 2002, pp. 194-195.

51. Rubio, *El Virreinato*, 1983, vol. 1, p. 260.

52. Robles, *op. cit.*, t. III, p. 58.

Es imposible hablar de fiestas cívicas y religiosas como eventos separados, en una época en que ambos mundos estaban estrechamente unidos y por las especiales circunstancias de la monarquía hispánica, el rey ejercía el patronato sobre la Iglesia en Indias. Sin embargo, luego de la gran fiesta anual, como lo era el paseo del estandarte real, los demás festejos relacionados con la monarquía tenían una serie de códigos que estaban claramente identificados con la cultura emblemática política. A partir de este lenguaje, los arcos de ingreso, carros y naves triunfales y todas las construcciones efímeras que se levantaban con estas finalidades, se llenaban de personajes mitológicos, epigramas latinos y redondillas ingeniosas.

En esas fiestas no siempre participaba el virrey, pero cuando lo hacía, como el virrey duque de Alburquerque en 1656 para celebrar la dedicación de la catedral de México, iba “vestido en plata con remates blancos y su familia costosamente vestida, todos con cadenas de oro al cuello”.⁵³

De mayor transgresión aún, pero al mismo tiempo más sugerente en su visualidad, resultó la fiesta que organizó el virrey conde de Alba de Aliste en 1652 para celebrar su cumpleaños. En los tablados, los mulatos y negros de la ciudad hicieron

una máscara a caballo con singulares galas y todas las naciones, y armada una cuadrilla de punta en blanco que salió de casa de don Andrés Pardo de Lagos, oidor más antiguo de la real audiencia, con nota de todo el pueblo porque la cuadrilla que representó a los españoles se pusieron hábitos de Santiago, Calatrava, Alcántara, San Juan y Cristo en los pechos y rodearon toda la ciudad y luego entraron en el parque a la vista del virrey y audiencia y tribunales e Inquisición, que estaban convidados por el virrey.⁵⁴

Cuando la ciudad tenía que enfrentar gastos inesperados, como los de las ceremonias de las honras fúnebres de Felipe II y la jura de Felipe III de 1598, que dejaron a los propios de la ciudad “tan empeñados como es notorio”, los comisarios a cargo de la fiesta del Santísimo Sacramento pedían ayuda al cabildo catedral. La crítica situación de la ciudad hacia 1620 se

53. Guijo, *op. cit.*, t. II, p. 49.

54. Guijo, *ibidem*, t. II, pp. 199-200.

revela en la confrontación de las cifras: mientras se gastaban 3 500 pesos para la fiesta del Santísimo Sacramento, solamente 500 iban para obras públicas, que “son las que juzga el pueblo”.⁵⁵ A pesar de esta crítica sobre la actividad del ayuntamiento, la ciudad que vive de una apariencia en construcción, al año siguiente, en 1621, decidió que se prestarían 2 000 pesos de la renta del desagüe para poder organizar la fiesta con el debido decoro.⁵⁶ El ayuntamiento no podía soportar que mientras buscaba de dónde pagar dos comedias y una danza, el gremio de plateros sacara una máscara para celebrar la beatificación de Isidro Labrador, en cuyo desfile rico y multicolor participaban reyes, emperadores, el gran Turco, el rey de Persia, el gran chino, llenos de telas ricas, plumas, plata, oro y piedras preciosas.⁵⁷

Las mascaradas –en los siglos XVI y XVII llamábanse “máscaras”– eran de estilos o modos variados. A veces era una de las muchas maneras del deporte ecuestre, así el Diccionario de antigüedades dice que Máscara es “festejo de nobles a caballo con invención de vestidos y libreas, que se ejecuta de noche, con hachas y corriendo parejas”. En ocasiones se hacían con vestidos especialmente lujosos y cierto aparato de solemnidad, pero también se efectuaban desfiles de enmascarados con vestidos ridículos o en figuras cómicas, o también con disfraces improvisados, pero siempre a caballo y en las horas de la tarde o de primera noche.⁵⁸

CONCLUSIONES

Si bien entre las instrucciones sobre la conducta que debía regir su actividad, se les señalaba que no debían “salir de casa sino a muy urgente ocasión, con mucho orden y algunas fiestas señaladas, hacer su paseo por la ciudad [...] Jamás ha de salir en ningún género de fiestas”,⁵⁹ los virreyes de Nueva

55. Actas de Cabildo, sesión del 6 de julio de 1620, en AHA, libro XXIII.

56. Actas de Cabildo, sesión del 3 de enero, 29 de marzo, 30 de abril y 14 de mayo de 1621, en AHA, libro XXIV.

57. *Verdadera Relación de una máscara que los artifices del gremio de la platería de México y devotos del glorioso San Isidro el Labrador de Madrid, hicieron en honra de su gloriosa beatificación*. Compuesta por Juan Rodríguez Abril, platero. México, por Pedro Gutiérrez, calle de Tacuba, 1621.

58. José Rojas Garcidueñas, “Don Quijote en México” consultado en http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/mexico/garcidueñas.htm

59. Torre, *Instrucciones*, 1991, p. 297.

España asistían a entierros de nobles;⁶⁰ primera piedra de una construcción;⁶¹ llegada de la Virgen de los Remedios a la ciudad;⁶² consagración de un nuevo arzobispo;⁶³ misas de difuntos para figuras relevantes; juras solemnes como la de la defensa de la Inmaculada Concepción que se hizo en el convento de San Francisco de México el 5 de octubre de 1653;⁶⁴ que sacramentaran a un arzobispo,⁶⁵ acudir a su entierro y a todas las misas subsecuentes; así como a la presentación de un religioso en la universidad;⁶⁶ entregar la obra de la catedral de México por medio de las llaves a su deán y cabildo y luego el virrey Alburquerque con la virreina y su hija; barrer, sacudir y recoger la basura del presbiterio;⁶⁷ organizar la fiesta de cumpleaños del rey que comenzaba siempre con una misa de acción de gracias en la catedral y luego grandes saraos a los que asistían la nobleza y los oficiales reales, y durante dos días había comedias y baile.⁶⁸ Para la celebración del año siguiente, en 1655, el virrey y la real audiencia asistieron a la misa mayor y luego a una ceremonia de parabién en el palacio, donde el virrey se mostró con “muy lindas galas y libreas”.⁶⁹ Los virreyes también visitaban colegios⁷⁰ y asistían a la dedicación de iglesias.⁷¹

Decía al comienzo que si los reyes estaban distantes, los virreyes (y en especial algunos) estaban sobrerrepresentados. Para que una ceremonia o fiesta se considerase importante, debía contar con la asistencia del virrey. Para algunos pudo haber sido fácil, como para el hiperactivo y rezandero

60. Doña Luisa de Albornoz y Legazpi, condesa de Calimaya y Adelantada de Filipinas, asistió el virrey a San Francisco. Guijo, *op. cit.*, t. I, p. 212.
61. Iglesia de Santa María de Gracia, el 22 de mayo de 1653, asistió el virrey. Guijo, *ibidem*, t. I, p. 214.
62. Salió a recibirla el virrey y con él la virgen llegó a la catedral, había epidemia de viruela y no llovía. No asistieron los indios, negros y mulatos. Guijo, *ibidem*, t. I, pp. 214-215, 17 de junio de 1653. Lo mismo se repite en la fiesta de Corpus de 1685, cuando la Virgen de los Remedios se puso en las andas del Santísimo. Robles, *op. cit.*, t. II, p. 91, 21 de junio de 1685.
63. El viernes 25 de julio de 1653 fue consagrado el nuevo arzobispo en la santa iglesia catedral, asistieron el señor virrey conde de Alva de Liste y la real audiencia. Guijo, *op. cit.*, t. I, p. 221.
64. Asistió el virrey todos los días a vísperas, misa y sermón y presidía el tribunal que celebraba la fiesta. Guijo, *ibidem*, t. I, pp. 208, 233.
65. Guijo, *ibidem*, t. I, p. 237, 8 de noviembre de 1653.
66. Guijo, *ibidem*, t. II, p. 20.
67. Guijo, *ibidem*, t. II, p. 43.
68. Guijo, *ibidem*, t. I, p. 249, 8 de abril de 1654.
69. Guijo, *ibidem*, t. II, p. 13, 8 de abril de 1655.
70. Robles, *op. cit.*, t. II, p. 183, sábado 2 de julio de 1689.
71. Robles, *ibidem*, t. II, p. 204, el virrey conde de Gálvez asistió el sábado 24 de junio de 1690 a la dedicación del templo de San Bernardo.

Albuquerque; el enérgico Fray Payo asistió a muchas ceremonias con el debido decoro y las crónicas lo señalan; al fiestero Alva de Liste se le opone uno enfermo y encerrado como el de la Laguna. El toque personal de la fiesta del poder.

FUENTES

Archivos

- ACM Archivo de la Ciudad de México.
ACCM Actas de Cabildo de la Catedral de México.
AHA Archivo Histórico del Ayuntamiento.

Iconográficas

- Fig. 1. JOSÉ JUÁREZ (atribuido). Don Juan de Leiva y de la Cerda. Marqués de Leyva y de Ladrada. Conde de Baños. Prorex & Dux Generalis. Año de 16[62]. Museo Nacional de Historia, INAH, México.
- Fig. 2. PEDRO FERNÁNDEZ DE CASTRO Y ANDRADE, conde de Lemos y XIX virrey del Perú (1667-1674). Museo Enrique Larreta, Buenos Aires, Argentina.
- Fig. 3. MASSIMO STANZIONE. ÍÑIGO VÉLEZ DE GUEVARA Y TASSIS, conde de Oñate, embajador en Roma y virrey de Nápoles. c. 1647. Instituto Valencia de Don Juan, Madrid.

Impresos

- GEMELLI CARRERI, Giovanni Francesco, *Viaje a la Nueva España*, México, Nueva Biblioteca Mexicana, México, UNAM, 2002.
- GUIJO, Gregorio M. de, *Diario (1648-1664)*, Edición y prólogo de Manuel Romero de Terreros, México, Porrúa (2a. ed.), 2 vols. 1986.

Bibliografía

- ALBERRO, Solange, “El cuerpo del virrey y el arte del buen gobierno en las Indias” en Francesca Cantú (ed.), *Las cortes virreinales de la monarquía española: América e Italia*, Roma, Viella, 2008, pp. 293-312, 295.
- BONET CORREA, Antonio (coord.), *Fiesta, poder y arquitectura. Aproximación al barroco español*, Madrid, Akal, 1990.
- CAÑEQUE, Alejandro, “Cultura vicerregia y estado colonial. Una aproximación crítica al estudio de la historia política de la Nueva España”, p. 17, en *Historia Mexicana*, vol. 51, julio-septiembre, 2001, núm. 1, pp. 5-57.
- CARRÍO-INVERNIZZI, Diana, “El virreinato de Nápoles y el triunfo de las imágenes (1664-1672)” en *El Gobierno de las imágenes. Ceremonial y mecenazgo en la Italia española de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2008, pp. 213-287.
- CHARTIER, Roger, *El mundo como representación*, Madrid, Gedisa, 2002.
- DIEGO-FERNÁNDEZ, Rafael, “Las Reales Audiencias Indianas como base de la organización político-territorial de la América Hispana” en Celina G. Becerra Jiménez y Rafael Diego-Fernández Sotelo (coords.), *Convergencias y divergencias: México y Andalucía, siglos XVI al XIX*, México, Universidad de Guadalajara-CUCSH/El Colegio de Michoacán, 2007, pp. 21-68.
- GARRIDO ATIENZA, Miguel, *Antiguallas Granadinas. Las fiestas del Corpus*, estudio preliminar por José Antonio González Alcantud, Imprenta de D. José López Guevara, 1889.
- GEERTZ, Clifford, “Religion as a cultural system” en *The interpretation of cultures*, New York, Basic Books, 1973, pp. 87-125.
- , “World view and the analysis of sacred symbols” en *The interpretation of cultures*, New York, Basic Books, 1973, pp. 126-141.
- KRASIELSKY, Rebeca, “Retratos de virreyes novohispanos durante la dinastía de los Austria” en Óscar Mazín (ed.), *Las representaciones del poder en las sociedades hispánicas*, México, El Colegio de México (en prensa), p. 17.

- LLEÓ CAÑAL, Vicente, *Arte y espectáculo: la fiesta del Corpus Christi en la Sevilla de los siglos XVI y XVII*, Diputación Provincial de Sevilla, 1975.
- MAQUIAVELO, Nicolás, *El príncipe*, Madrid, Alba Libros, 1997.
- MARROQUI, José María, Lunes 24 de mayo de 1529, ACM (Archivo Catedral de Morelia), Libro 629-A, Hoja 208 en Jesús Medina (ed.), *La ciudad de México* (segunda edición facsimilar), México, 1969, t. III, pp. 494-495.
- MORAÑA, Mabel, "Sujetos sociales: poder y representación", p. 54 en Raquel Chang-Rodríguez (coord.), *Historia de la literatura mexicana: desde sus orígenes hasta nuestros días*, vol. 2, México, Siglo XXI, 2002, pp. 47-68.
- NARBONA VIZCAÍNO, Rafael, "La fiesta cívica: rito del poder real. Valencia, siglos XIV-XVI", p. 403 en XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Actas, *El poder real en la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1996, 3 vols., t. I, vol. 3, pp. 401-419.
- NAVARRO DE ANDA, Ramiro, *Instrucciones y memorias de los virreyes novohispanos*, México, Porrúa, 1991.
- OSORIO, Alejandra, "La entrada del virrey y el ejercicio de poder en la Lima del siglo XVII" en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, año 2006, vol. 55, núm. 003, pp. 767-831.
- PAREDES, Julián, *Recopilación de las Leyes de los Reynos de las Indias. Mandados a imprimir, y publicar por la Magestad Catolica del Rey Don Carlos II. Nuestro Señor. Va dividida en Quatro Tomos, con el Indice General, y al principio de cada Tomo el Indice especial de los títulos, que contiene*, por Julián Paredes, Madrid, 1681, por Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1973. Tomo II. Título Quinze. De las precedencias, ceremonias y cortesías. Ley VI. Que los oidores, alcaldes, fiscales y ministros, que tienen asiento con la Audiencia, acompañen a los Virreyes y Presidentes y en qué casos.
- PORTÚS, Javier, *La antigua procesión del Corpus Christi en Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1993.
- ROBLES, Antonio de, *Diario de sucesos notables: 1665-1703*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 3 vols., 1972.

- RUBIO MAÑÉ, José Ignacio, *El Virreinato*, 4 vols., México, UNAM, 1983.
- RUBÍN, Miri, *Corpus Christi. The Eucharist in Late Medieval Culture*, New York, Cambridge University Press, 1991.
- SAAVEDRA FAJARDO, Diego, *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas*, 4 vols., Madrid, Ediciones de "La Lectura", 1927-1930.
- SIGAUT, Nelly, "La fiesta de Corpus Christi y la formación de los sistemas visuales" en *Memoria del IV Encuentro Internacional sobre Barroco "La Fiesta"*; La Paz, Bolivia, 2007, pp. 123-134.
- , "Procesión de Corpus Christi: La muralla simbólica en un reino de conquista. Valencia y México-Tenochtitlan" en Óscar Mazín (ed.), *México en el mundo Hispánico*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000, vol. 1, p. 363.
- , "Retrato de dama" en Rogelio Ruiz Gomar, Nelly Sigaut, Jaime Cuadriello, *Catálogo comentado del acervo del Museo Nacional de Arte. Nueva España Tomo II*, México, Museo Nacional de Arte/UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas/Conaculta/INBA, 2004, pp. 303-306.
- TORRE VILLAR, Ernesto de la y Ramiro NAVARRO DE ANDA, *Instrucciones y memorias de los virreyes novohispanos*, México, Porrúa, 1991.
- VALLE PÉREZ, Perla, "La sección VIII del Códice de Tlatelolco. Una nueva propuesta de lectura" en Xavier Noguez, Stephanie Gail Wood, *De Tlacuilos y Escribanos*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1998, pp. 33.
- VERY, Francis George, *The Spanish Corpus Christi Procession: A literary and folkloric study*, Valencia, 1962.
- VIQUEIRA, Juan Pedro, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, FCE, 1987.